

LA IDENTIDAD LATINAOMERICANA EN EL DEBATE CULTURAL

Dr. Ignacio Medina Núñez
medina48@yahoo.com

Este artículo fue publicado en la revista *Koeyu Latinoamericano*, con sede en Caracas, Venezuela: año 20, no. 81, Julio de 1999, pags. 29-34

En el siglo XIX, Shelling (1775-1854) en su texto sobre “Filosofía de la identidad” , planteó la igualdad entre espíritu y naturaleza dentro de su concepción de un idealismo objetivo, en donde el concepto de identidad significaba más bien la desaparición de las diferencias. Hegel, por el contrario, planteaba el desenvolvimiento de lo absoluto como un devenir histórico a través de la acción: uno de sus aportes fundamentales está en la dialéctica, en donde todo está en movimiento y todo lo estable o permanente no es sino un momento de ese movimiento eterno.

Retomando este concepto de identidad hegeliana en una perspectiva dialéctica -en contraposición con el de Shelling-, nosotros proponemos que la identidad latinoamericana y caribeña no pretende borrar las enormes diferencias que hay desde el río Bravo hasta la tierra del fuego sino encontrar en ellas un denominador común reconocido a través de la conciencia colectiva y que puede variar según el devenir histórico. Se trata entonces de “reconocer en la apariencia de lo temporal y pasajero la substancia, que es inmanente, y lo eterno, que es presente; pues lo racional, que es sinónimo de la idea, manifestándose en su actividad exterior, aparece con una riqueza infinita de formas, fenómenos y modificaciones, y recubre su núcleo con la abigarrada corteza en la que mora primeramente la conciencia y en la que penetra por fin el concepto, para hallar el pulso interior y sentirlo también palpitar todavía en las formas más externas” (Hegel, citado en Hirsberger, 1988:248).

El sistema de Shelling planteó la identidad como una desaparición de las diferencias: “Lo absoluto es unidad viviente que se pone primeramente como identidad. Todo es uno y lo mismo... La idea madre de Shelling era la identidad absoluta. Lo absoluto es naturaleza y espíritu. Es la unidad e identidad de todas las diferencias” (Granel, en Hegel, 1993:17-18). Sin embargo, en Hegel, “el despliegue de lo absoluto o razón es lo mismo que el devenir de lo real... Pero esta identidad se da en un **fieri**” (Granel, en Hegel, 1993:19), y en este sentido no se tiene de una vez para siempre sino que se va modificando conforme al desenvolvimiento histórico de lo real.

Con este preámbulo, a través de este escrito, queremos mostrar dos aspectos sobre la identidad. Primero, que no se trata de un acercamiento conceptual para borrar las diferencias sino para encontrar precisamente algo común en ellas al enfocar un objeto determinado de estudio; usando la terminología escolástica, podemos decir que no se trata de acogernos a un nominalismo impuesto por la costumbre de un concepto inventado sino de descubrir algo común real que tiene su base en la ontología del objeto. Segundo, que dentro del movimiento histórico del mundo, siguiendo más a Heráclito que a Parménides, los procesos de identidad no se dan de manera permanente sino que son fruto de un hacerse y por tanto las identidades se conciben

siempre en referencia a procesos sociales históricos y pueden irse modificando. Recalcando este segundo aspecto, podemos citar la perspectiva del chileno José Donoso al señalar que Latinoamérica, “nosotros mantenemos una identidad que hay que defender, una identidad frágil, una identidad vulnerable que hay que estar constantemente vigilando y defendiendo y redefiniendo” (Donoso en Marras 1992:290). En otras palabras, también es el sentido que le da el haitiano René Depestre: “el ser de América Latina está todavía por hacerse” (Depestre, en Marras 1992:339).

Estos dos aspectos sobre la identidad son los que trataremos de aplicar precisamente al caso de América Latina, a partir del debate que se ha dado entre varios literatos de la región. El nombre mismo pretende mostrar aspectos comunes de realidades diversas de esta parte del continente americano. Por ejemplo, se ha aceptado generalmente que hay algo común en la mezcla de las tres grandes corrientes que la componen: lo indígena, lo español y lo negro. Se tiene en cuenta, además, que esas corrientes no son algo homogéneo consideradas una por una; así, lo negro puede tener sus raíces en la gran diversidad que es aun actualmente el gigantesco continente africano; lo indígena tiene sus orígenes en tres grandes y diferentes imperios como el azteca, el inca y el maya, aun sin contar otros grupos relativamente pequeños como los yaquis, los tarahumaras, los misquitos, los mapuches, etc. Otro tanto y aun más complejo habría que decir de los españoles¹ que nos trajeron su propia síntesis de la herencia cultural que les había dejado el islamismo árabe, los griegos, los romanos, la iglesia católica y muchas de las tradiciones de la Europa feudal. Sin embargo, entre tantos ingredientes y tan diversos, a partir del proceso de la conquista española, ¿existe una síntesis, algo común que se exprese y sea reconocido a través del nombre de Latinoamérica?

Carlos Fuentes, aunque cuestiona el origen extranjero del nombre de América Latina y aunque le parece poco preciso para expresar toda la riqueza de nuestra cultura, dedica todo su libro titulado ‘El espejo enterrado’ “a la búsqueda de la continuidad cultural que pueda informar la desunión económica y la fragmentación política” de esta parte del continente, porque está convencido de que “no existe un solo latinoamericano, desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, que no sea heredero legítimo de todos y cada uno de los aspectos de nuestra tradición cultural” (Fuentes, 1992:11); para él un nombre que nos definiría mejor sería el de

1

En este punto, cuestionando la identidad misma de los españoles, comenta el argentino Ernesto Sabato: “Pensemos en los propios españoles... mosaico de una cultura islámica, de celtas, de reinos góticos. ¿Habrá que buscar su real identidad en quiénes? “En la dominación romana, cuya soldadesca, que no estaba constituida por cicerones sino por analfabetos italianos que hablaban un dialecto que Cicerón habría descalificado, pero que dio nacimiento a uno de los idiomas más importantes del mundo?... ¿Qué me dicen de los íberos, ese pueblo que ni siquiera sabemos quiénes eran y qué idioma hablaban, y que, sin embargo, legó la palabra ‘ibérico’ para siempre, incluyendo este continente, habitado por indios de diferentes razas, por negros, asiáticos y europeos” (Sabato en Marras, 1992:425). A lo mismo se refiere Arturo Uslar Pietri cuando afirma que en el momento del descubrimiento de América, “España no existía, España era una piña de reinos” (Uslar, en Marras 1992:240). René Depestre dice algo semejante pero en relación a la negritud: “Nos dicen negros, pero hay mucha diferencia entre un haitiano, hoy en día, y un congolés. A los ojos de estas clasificaciones, somos los mismos negros, pero existen muchas diferencias desde el punto de vista cultural, lingüístico y otros” (Depestre en Marras 1992:358).

indoafroiberoamericanos. Miguel Rojas Mix resalta también la unidad en esa heterogeneidad que tiene el latinoamericano procedente de lo indígena, lo negro y lo español², sumando además el ingrediente de los inmigrantes del siglo XIX y XX sobre todo en América del Sur (Preciado y Rocha, 1997:89). Afirma también Ricardo Avila, en referencia a la búsqueda de una identidad latinoamericana en los actuales procesos de integración, que “los grandes componentes étnicos y culturales de América son tres: el indígena, el europeo y el africano” (Avila, 1998). Esto resulta evidente cuando podemos mostrar gráficamente en todo el continente los lugares en donde todavía se concentran los grandes polos de estas tres corrientes: los indios provienen principalmente de los tres imperios, los aztecas, mayas e incas ubicados en la región central de México, en la península de Yucatán y parte de Centroamérica, y en la zona de Perú y Bolivia; los negros se ubican predominantemente en los Estados Unidos, en el Caribe y en Brasil; lo español pervade casi todo el continente incluso una parte significativa de lo que hoy es Estados Unidos.

Pero el nombre mismo de América Latina para toda esta gran heterogeneidad cultural no es una decisión zanjada. En muchas ocasiones ha sido severamente cuestionado: primero por ser un invento extranjero; segundo, por tener resabios colonialistas, y tercero, porque etimológicamente no refleja la realidad histórica que trata de expresar. La polémica sobre este punto a partir de la visión de los literatos es muy ilustrativa.

Una de las voces críticas extremas y más severas en este aspecto es la del cubano Guillermo Cabrera Infante, quien afirma que lleva “no sé cuántos años combatiendo la idiota idea de llamar a todo este continente y medio América Latina. Me parece absurdo y peligroso... El nombre es determinante y el hecho de que tanta gente al sur del Río Grande aceptara llamarse latinoamericanos, o peor todavía llamarse latinos, como si vivieran en el Lacio, como si todos hablaran latín, es de un ridículo extraordinario... Bolívar a mí siempre me ha parecido un personaje detestable... El proyecto de considerar a un continente y medio como un solo país... lo considero verdaderamente ilógico, totalmente absurdo... ¿Qué tienen que ver cubanos con mexicanos, o venezolanos con ... los chilenos que viven en el mismo continente... No, no existe esa identidad... La idea de que yo sea un latinoamericano realmente me revienta el hígado” (Cabrera, en Marras 1992:69, 70, 75, 76). En una perspectiva parecida se sitúa el uruguayo Juan Carlos Onetti cuando habla del sueño de Bolívar sobre el Chimborazo como algo acabado; al preguntársele sobre la posible existencia de una identidad latinoamericana, afirma de manera contundente: “No es nada más que una cuestión geográfica, no pasa de la geografía... Si en el mismo Brasil no se entiende una provincia con otra o un estado con otro, mucho menos se entienden los llamados latinoamericanos entre sí (Onetti en Marras, 1992:271)... No, no la tiene, ni la quiere tener... No es nada más que una cuestión geográfica... Yo no veo a Latinoamérica como una unidad” (Idem, 1992:277).

El nombre también ha sido criticado por Jorge Amado, atribuyéndolo a una invención colonialista de los españoles: “yo no siento el espíritu continental de América Latina; definitivamente no me siento latinoamericano” (Amado en Marras, 1992:154). Sin embargo, él admite la realidad de algunas cosas comunes entre tanta diversidad de identidades nacionales; lo

2

Rojas Mix habla de la expresión de la heterogeneidad cultural latinoamericana a través de la Virgen del Cobre que, en 1608, se le apareció a Juan Indio, Juan Negro y Juan Español. Después aparecería la cuarta raíz, Juan el Emigrante.

común para él se encuentra en lo negativo: “nuestra unidad está en lo negativo, en la miseria, en el hambre, en el latifundio, en las opresiones militares, en las dictaduras” (idem:154).

Tal vez ese algo común -negativo o positivo- sea lo verdaderamente importante de encontrar más allá del nombre mismo. Es la postura que veíamos de Carlos Fuentes, quien criticando el intento de los franceses en el siglo XIX de incluirse a ellos mismos en el conjunto continental frente al proyecto aglosajón, afirma con toda certeza la existencia de una identidad cultural en la región con posibilidades de avanzar a mejores niveles de integración económica y política, pero utilizando nombres que definan mejor la mezcla de lo que somos; provenimos, dice, de tres grandes corrientes históricas y culturales traídas por los españoles, por los indios y por los negros. En este sentido un nombre que nos caracterizaría mejor es el de indoafríoiberoamérica. ”Me siento indo, afro, iberoamericano; me siento parte de esa tradición que incluye el Mediterráneo, Europa, la Edad Media y las raíces indígenas” (Fuentes en Marras, 1992:37), y por ello se mostraba deseoso de celebrar el 5o. Centenario en 1992 enfatizando “la cultura que hemos hecho juntos todos, en los últimos 500 años, descendientes de indios, africanos y europeos en este continente. Eso es digno de celebración” (Idem: 56).

Sin embargo, el nombre como tal de latinoamericano, expresando lo que es común a los habitantes del subcontinente y en sus perspectivas de transformación hacia un mejor tipo de sociedad, también tiene entusiastas seguidores.

Uno de ellos es Mario Vargas Llosa, quien afirma que el nombre Latinoamérica no se refiere sólo al ámbito cultural sino a una realidad compleja más amplia y por ello propone que el proyecto latinoamericano no se refleje sólo en la cultura sino que implique la economía y la política: “No me parece que el concepto de América Latina sea una ficción ni una moda. Creo que responde a una realidad de tipo histórico, de tipo cultural, de tipo geográfico, una realidad muy compleja, muy diversa, la de un mosaico en el que la diversidad es tan importante como el común denominador” (Vargas Llosa, en Marras, 1992:99). ”Para mí, América Latina es fundamentalmente eso: una especie de vórtice de toda clase de tradiciones, corrientes culturales, modos de vida, comportamientos y también de ideas y manifestaciones artísticas. Es una forma muy diversa, pero que de alguna manera va, está yendo, hacia una correspondencia. De hecho, los fenómenos se han dado mucho más con un carácter continental que con un carácter nacional... Hay en América Latina una dinámica que viene de abajo, mucho más que de arriba, aunque arriba también hay un fenómeno intelectual, desde luego, pero que responde a una realidad étnica, sociológica y a una problemática que también se da de una manera mucho más regional que nacional...América Latina puede llegar a ser lo que pienso que sería lo mejor para ella: un continente que, como está ocurriendo en Europa, vaya hacia una integración política y económica y hacia una disolución de las fronteras... La mala tendencia es el nacionalismo, la buena es la evaporación de las fronteras. Es decir, mientras más rápido se vayan desvaneciendo las fronteras, todas, más pronto América Latina va a poder despegar, va a poder liberarse de los que han sido los grandes factores que han frenado sus posibilidades de desarrollo y modernización... (Idem: 100-101). “Su verdadera identidad aparecerá en la medida en que se integre al resto del mundo. La cultura, la tradición, la lengua, una cierta idiosincrasia, una cierta ideología que tiene que ver con una historia que es muy antigua y que va a coexistir con la modernidad... Esa es la gran esperanza para América Latina, es lo que habría que intentar” (Idem: 102).

El venezolano Arturo Uslar Pietri coincide no solo en la idea de lo latinoamericano sino

sobre todo en la realidad histórica, de la que nace la idea. “América Latina existe, claro que existe... no es una creación intelectual. El hecho es anterior a la idea (Uslar en Marras, 1992:236). Se refiere a la unificación cultural, durante el tiempo de la colonia, de las tres grandes corrientes: españoles, indígenas y africanos. Es un hecho único de combinación cultural sin precedentes: “nació una unidad lingüística, una unidad institucional y religiosa” (Idem: 244). En este sentido, se muestra partidario de esa identidad cultural como algo esencial al ser del latinoamericano: “Yo creo que lo esencial del gran fenómeno latinoamericano es el mestizaje cultural, no el sanguíneo... La presencia de las tres culturas ha sido sumamente rica” (Idem:261-2). Esto nos remite a una realidad histórica única en el mundo.

En este sentido, sería absurdo remitirnos solamente a Latinoamérica como una idea creada por los intelectuales en donde se quiere forzar la inclusión de naciones totalmente diferentes. Tal vez lo que tenemos que admitir es ese algo común en un conglomerado de países diversos que tiene necesidad de una denominación, aunque ésta sea inexacta o aunque, en su origen, haya sido importada. Octavio Paz, por ejemplo, admite la inexactitud del término en cuanto que ni los indígenas ni los negros tienen ese origen latino; admite también el origen extranjero del concepto al haber sido producto de los franceses en el siglo pasado, pero está convencido de que América Latina “es una realidad histórica”; no es solamente una idea vacía. “América Latina no es ni un ente ni una idea. Es una historia o, más bien, es historia: una sociedad de sociedades en un territorio enorme rodeado de otras sociedades, todas en movimiento. Una sociedad es una cultura: un conjunto de individuos, cosas, instituciones, ideas, tradiciones e imágenes. Una realidad sui generis, pues no es enteramente material ni ideal. América Latina es una cultura. No es fácil definirla y ni siquiera describirla... América Latina es una realidad verbal, o sea una lengua. Y aquel que dice lengua, dice visión del mundo... No es únicamente una concepción o una idea: es una acción y una creación, un ‘ethos’ y un conjunto de obras. Es un mundo hecho de muchos mundos. Nuestra realidad es plural y diversa, es un diálogo de pueblos que hablan en la misma lengua de cosas que son a un tiempo distintas y comunes” (Paz en Marras, 1992:467-8).

Uno de los elementos importantes en la identidad cultural de América Latina es el idioma como lazo natural de comunicación entre la mayoría de las naciones que componen esta parte del continente. El argentino Adolfo Bioy Casares afirma lo siguiente: “Yo me siento en Latinoamérica. Con los ojos cerrados me siento en Latinoamérica. Puede ser que haya elementos muy evidentes y varios que me hagan sentir eso; uno de ellos... es el idioma, el tono, pequeñas actitudes” (Bioy en Marras, 1992:147). En este aspecto coincide el uruguayo Mario Benedetti cuando se pregunta “¿Qué fue lo más positivo que han dejado los conquistadores? Fue la lengua” (Benedetti, en Marras, 1992:223), aunque reconoce también cómo el castellano ha invadido y arrinconado numerosas lenguas indígenas en el continente. Este elemento del lenguaje es lo que ha dado ocasión para hablar en muchas ocasiones de Hispanoamérica más que de Latinoamérica. Y en efecto, se puede mostrar visualmente cuáles son los países de habla española en el continente y aun las minorías de este idioma que han empezado a tener mayor influencia en países como Estados Unidos³. El problema claro del concepto Hispanoamérica es la exclusión de

3

Se puede calcular entre 20 y 25 millones la población de ascendencia española en Estados Unidos, que conformaría un poco más del 10% de la población total. Sobre ellos dice Mario Vargas Llosa: “Creo que por primera vez en su historia hay un grupo étnico, cultural, al que el *melting pot* no ha disuelto: el latino. Es un grupo que está muy consciente de su propia identidad,

todos los países de habla no hispana, algunos de ellos tan importantes en el continente como Brasil. Si bien es cierto que español y portugués proceden de la península ibérica, siendo países vecinos España y Portugal, y con muchas semejanzas en el propio idioma, lo cierto es que el concepto hispanoamericano es excluyente de los millones de habla portuguesa.

Lo latinoamericano se ha extendido más allá del límite del idioma español. Brasil es parte de nosotros, pero también lo es Haití, país que tradicionalmente ha sido objeto constante de los estudios latinoamericanos. En este caso hay que considerar la historia de esa isla partida actualmente en dos entidades políticas, pero con el ingrediente histórico de la negritud, de lo español y de lo indígena. Nos dice, por ejemplo, el haitiano René Depestre: “Hay una identidad latinoamericana. Independientemente de las identidades particulares de cada nación, hay componentes históricos básicos de una identidad nuestra, que está constituida y que hace que un haitiano esté más cerca de un colombiano, de un chileno o de un brasilero que de un congolés o de un ugandés, que son de otra cultura” (Depestre en Marras 1992:365). En este contexto habría que plantear el progresivo acercamiento que hay actualmente entre el mundo de latinoamérica y los países de la Cuenca del Caribe, particularmente con los de habla inglesa. Ciertamente hasta ahora han sido dos conceptos distintos, especialmente porque el idioma simboliza tradiciones culturales diversas, a veces de manera contrastante. Sin embargo, los procesos históricos de subordinación ante la potencia imperial de los Estados Unidos, la cercanía geográfica, las condiciones socioeconómicas y sobre todo en los últimos años la necesidad de hacer un frente común ante los procesos de globalización mundial han estado produciendo no solamente un cierto tipo de tratados como los de la Asociación de Estados del Caribe sino también manifestaciones de una identidad común. Por otro lado, la inclusión plena en el Caribe de países como Cuba, México, República Dominicana, los países centroamericanos y otros de habla hispana en el Norte de Sudamérica forma un vínculo muy sólido entre Latinoamérica y la región caribeña.

Esta situación nos lleva a otro aspecto de la identidad en el momento presente: nos une no solamente el pasado sino también el futuro. ¿En qué sentido nos une el futuro? En la medida en que un mejor destino de nuestras naciones depende de la realización de un proyecto común de integración, en esa medida también nos vemos en la necesidad de interrelacionarnos más a pesar de nuestras diferencias nacionales y locales. En la historia del siglo XIX se planteó por Miranda y por Bolívar la posibilidad de una gran patria americana o de una gran Colombia. Si bien ese sueño fracasó y se provocó una pulverización de repúblicas independientes, a finales del siglo XX las condiciones históricas han cambiado: la única posibilidad de salir adelante como repúblicas es estableciendo mayores relaciones económicas, políticas y culturales entre los pueblos y naciones.

Francisco de Miranda, en las páginas del periódico independentista “El Colombiano” a principios del siglo XIX planteaba la integración de los territorios hispanoamericanos, comprendidos entre México y el Cabo de Hornos, incluyendo Cuba y Puerto Rico, dentro de una confederación con el nombre de Colombia. Bolívar también planteó la construcción de una confederación de repúblicas desde México hasta la tierra del Fuego. Francisco Morazán se quería

que la defiende, y que, además, reclama, dentro de lo que es el sistema americano, el derecho a mantenerla.. América Latina entra ahí de la manera más inesperada, con unas consecuencias culturales indiscutibles” (Vargas Llosa en Marras, 1992:125).

contentar por lo menos con la unidad de una Federación Centroamericana. Estas perspectivas, que eran alentadas por cierto sentimiento de una patria común, como lo menciona Andrés Bello⁴ en sus versos, se vinieron abajo ante la conformación de territorios, algunos minúsculos, como repúblicas independientes. De esta manera, como dice René Depestre, “en vez de hacer América Latina, hicimos naciones. El estado nacional envió a cada uno en dirección distinta... Estamos arrinconados en la escala nacional” (Depestre, en Marras 1992:346,348).

Pero a finales del siglo XX, el estado nación se encuentra seriamente cuestionado y en evolución hacia formas regionales de cooperación. Cada vez queda más claro que numerosos territorios pequeños como naciones independientes no pueden subsistir de manera aislada. La cooperación entre naciones, sobre todo en el ámbito económico y político, es la clave de la supervivencia en el mundo de la globalización. ¿Resurge de nuevo la idea de Bolívar sobre una nación de repúblicas? Roberto Fernández Retamar afirma convencido que con el sueño de Bolívar “no se trata tanto de un proyecto que ha fracasado como de un proyecto que se ha pospuesto. Las razones por las que no pudo realizarse en tiempos de Bolívar son objetivas y claras... Dispersos en un continente vastísimo, no había ni estructuras ni condiciones sociales, económicas o geográficas para que pudieran realizarse los proyectos de Bolívar. Era materialmente imposible que Bolívar hubiera logrado hacer los Estados Unidos de América del Sur” (Fernández, en Marras 1992:312). No será la misma idea de Bolívar, pero hay un proyecto que se mantiene inspirado en sus luchas. El punto de partida de este proyecto es precisamente la identidad cultural que se ha forjado en tiempo de la colonia para independizarse también en el siglo XIX. Para Fernández Retamar, hay una contribución inicial de Andrés Bello porque se suele decir que fue él, “con su Alocución a la Poesía, quien inauguró lo que podría llamarse la independencia cultural de nuestra América; sin embargo-dice-, yo creo que esa independencia cultural la inició Bolívar... El vio con claridad en la Carta de Jamaica, la especificidad nuestra y la necesidad de atenerse a esa especificidad” (Fernández R., en Marras, 1992:307). El mismo Fernández Retamar insiste en el segundo aspecto que sostenemos en este artículo: en una identidad que se sigue haciendo. “Yo creo -sostiene- que sí existe una identidad llamémosla latinoamericana a la que se refieren muchos textos, por ejemplo el texto de Nuestra América, de Martí. Es una declaración de la identidad latinoamericana, pero en un sentido progresivo, en un gerundio. No es una cosa que existe de una vez y para siempre, sino una cosa que se va haciendo a través de lo que se suele llamar nuestro sincretismo” (Idem:333).

Para otros literatos como Augusto Roa Bastos puede no haber conciencia clara de nuestros procesos de identidad. El afirma que “nosotros no tenemos todavía muy clara cuál es nuestra identidad” (Roa B. en Marras, 1992:407), pero también sostiene que ese algo existe, sobre todo frente a los retos que se le plantean a este conjunto de países. “Hay, de hecho, aunque mal organizada, una unidad cultural por el horizonte común de la lengua y nuestros intereses comunes. Pero sobre todo hay una situación de hecho ante el momento histórico actual del mundo; hay la necesidad de reunir las fuerzas de América Latina, movilizarlas y darles un sentido de liberación frente a las fuerzas que nos tienen atrapados... Estamos cercados, estamos viviendo en un estado de sitio permanente, por las grande potencias” (idem:403). Nos une,

4

Andrés Bello (1781-1865), en su poema ‘El hombre, el caballo y el toro’, menciona el tema de la patria común: “Pueblos americanos, si jamás olvidáis que sois hermanos, y a la patria común, madre querida, ensangrentáis en duelo fratricida...” (Gomez L., 1998:30).

entonces, de hecho, esa situación de acoso y por tanto nos une también un proyecto común de liberación que solo alcanzaremos mediante algún tipo de integración. Lo latinoamericano en este sentido es sobre todo un proyecto histórico a construir. Creo que hay una categoría que se está en este momento acentuando fuertemente y es la de asumir nuestra condición de latinoamericanos. Yo me siento paraguayo; por supuesto, todo lo que toque a mi universo emocional es paraguayo, pero ese universo emocional entrañable de lo paraguayo se proyecta siempre a Latinoamérica” (Idem:417). En este sentido, la identidad y el proyecto dependerá de la actuación histórica de sus habitantes. Roa Bastos cree en “la gran patria latinoamericana. La utopía bolivariana se va a cumplir, yo trabajo para que así ocurra” (idem:419).

Consideraciones finales:

La identidad cultural de Latinoamérica no es algo puramente conceptual; es un producto de la historia específica de esta parte del continente. Aunque no es fácil definirla, la cultura en general podríamos intentar concebirla a la manera de Octavio Paz, como ese algo común en una sociedad de sociedades donde convergen individuos, cosas, instituciones, ideas, tradiciones, imágenes, una lengua que implica una visión del mundo. Se la puede concebir también como “el producto de las acciones de una comunidad humana realizadas con base en los conocimientos, creencias, valores y normas, generadas en su práctica social interna que resulta de la interacción de los hombres entre sí y de éstos con la naturaleza, con el fin de producir los bienes requeridos para su subsistencia y reproducción” (MOEDA, 1983). La cultura es entonces producto del ser continuo de una comunidad humana; entonces, la identidad cultural de una comunidad se manifiesta tanto en la conciencia que tiene la misma comunidad sobre sí misma en expresiones literarias y filosóficas como en la identificación que hacen de esa comunidad otros grupos humanos del mundo. Sobresale además, en nuestro caso, cierta intencionalidad común de construir un proyecto para el conjunto de sociedades en donde los procesos de integración serán determinantes.

La identidad cultural de América Latina la encontramos así en las siguientes manifestaciones múltiples, que son aspectos en los cuales confluimos los habitantes de países tan diversos:

- . En la mezcla única que se formó en esta parte del planeta durante el período colonial con los tres principales ingredientes en los grupos humanos que la habitan: los rasgos de la herencia de los españoles, los indígenas y los negros. Uno de los denominadores comunes de la mezcla histórica fue la lengua española en la mayoría de los países lo mismo que la religión católica.

- . En el origen de la independencia de España durante el siglo XIX a través de un sueño bolivariano sobre una patria común, a pesar de la pulverización de las Repúblicas. Las luchas de Francisco Miranda, Simón Bolívar y José Martí en su proyección hacia gran parte del continente lo mismo que las de Francisco Morazán en Centroamérica o las ideas de Andrés Bello, Simón Rodríguez y Alberdi repercuten de manera permanente en el siglo XIX y XX como algo nuestro.

- . En la tradición literaria latinoamericana, que ha sido reconocida en el mundo entero con ciertos rasgos comunes, fundamentales, que manifiestan esa mezcla de tradición, civilización, barbarie, revolución, militarismo, etc. Aunque existen literatos, como hemos visto, que rechazan de manera abrupta el nombre de América Latina, y afirman más bien la existencia de literaturas solamente nacionales, una gran mayoría sigue encontrando una identidad común en el hecho de llamarse latinoamericanos.

- . En la oposición y/o subordinación a los designios imperiales de América del Norte, en cuya contradicción nos definimos más por lo que no somos ante el mundo anglosajón. El ser del

latinoamericano ha llegado a tener conciencia de sí mismo en gran parte a través de esa confrontación ante el imperialismo norteamericano.

. En la supervivencia de varios millones de indígenas procedentes sobre todo de las tres grandes civilizaciones (Aztecas, Mayas e Incas), que siguen luchando actualmente por su vida material conservando gran parte de sus tradiciones culturales.

. En la convergencia de ciertos intereses económico-comerciales entre diferentes naciones como necesidad también de supervivencia dentro de los procesos mundiales de globalización sobre todo a finales del siglo XX. Los actuales procesos de integración entre diferentes países latinoamericanos han acentuado esa identidad cultural y han promovido la conciencia de un proyecto a futuro en donde las naciones podrán sobrevivir mejor a través de una coordinación supranacional. Es la tendencia a fortalecer los lazos de cooperación política con reglas supranacionales aceptadas de común acuerdo ante el declive del concepto del Estado-nación. Los tratados regionales podrán apuntar más en esa dirección.

. En la utopía de una comunidad de sociedades que aspira a un mejor nivel de justicia social y un mejor respeto a los derechos fundamentales del hombre en regímenes que aspiren a transitar a la democracia. Nos une ciertamente lo negativo de la actual desigualdad social, de las cotidianas violaciones a los derechos humanos, del peso excesivo del militarismo sobre los gobiernos civiles, del ingente peso de la deuda externa, etc. pero en todo ello mantenemos vigente un imaginario social latinoamericano.

Podemos entonces concluir en donde comenzamos: por un lado, hay una conciencia de la identidad latinoamericana a pesar de tanta diversidad entre los países; por otro lado, no es una identidad hecha de una vez y para siempre sino que está en un continuo hacerse en donde los procesos actuales de integración tendrán mucho por definir hacia el futuro.

BIBLIOGRAFIA

Avila Ricardo, 1998

¿Es posible una `identidad americana´ en el contexto de la integración económica?
Universidad de Guadalajara (Artículo en fotocopia).

Avila Palafox Ricardo, Calvo Buezas Tomás (compiladores)

Identidades, nacionalismos y regiones

Universidad de Guadalajara. Universidad Complutense de Madrid.

Fuentes Carlos, 1992

El espejo enterrado.

Fondo de Cultura Económica. México.

Gómez Luque José María, 1998

Antología de la poesía hispanoamericana

Edivisión, comp | ía editorial S.A. México.

Hegel Friedrich, 1993

De lo bello y sus formas

Colección austral. Espasa-Calpe Mexicana. Mexico.

Hirschberger Johannes, 1988
Breve historia de la filosofía
Editorial Herder. Barcelona.

Marras Sergio, 1992
América Latina: marca registrada
Universidad de Guadalajara. México.

MOEDA, 1983
Modelo de Educación Diversificada para los Adultos. Marco preliminar y propuesta de un modelo educativo. Instituto Nacional para la Educación de los Adultos. México, 1983.

Ubieta Gómez Enrique, 1993
Ensayos de identidad
Editorial Letras Cubanas. La Habana.